

EL DEFENSOR DE LOS INDIOS O LA ISLA DEL NAUFRAGIO



MAUCCI H^{os}

MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL DEFENSOR DE LOS INDIOS

ó

La Isla del Naufragio

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1

1900



El Defensor de los Indios



Amables lectorcitos mexicanos, esta es la historia milagrosa del Monje-azul y de la casta Paloma-blanca... Amiguitos míos, este es un cuento que os ha de divertir mucho porque habla de los descubrimientos de aquellas islas que Colón descubriera desde hacía tiempo, navegando por los mares desconocidos y terribles del Atlántico...

¡Qué episodio tan tierno, qué escena tan conmovedora vá á ser la que váis á ver á través de los brumazones de los mares, que impiden comprender los mis-

terios de espantos que se ocultan allá en las islas que los atrevidos navegantes españoles intentan encontrar!

*
* *

Era la época en que ya Cristóbal Colón había presentado al mundo entero conocido, el tesoro de su descubrimiento... era la época en que ya sus descendientes viajaban por entre las islas, en mares terribles... Y era la época en que un enjambre de conquistadores expedicionaba de isla en isla, buscando los desconocidos, los fantásticos tesoros de los países milagrosos...

*
* *

Por aquella época ya se encontraba Hernán Cortés en la isla llamada entonces «La Española,» y desde esa memorable etapa el humilde hidalgo español,— como lo era en realidad, ya soñaba con tremebundas campañas, no obstante que se mantenía, haciendo trabajar á los pobres indios que le habían tocado en el «repartimiento!»



Y os voy á referir este curioso hecho que cuenta un buen historiador mexicano:

«Cuando le dijo á Hernán Cortés su amigo y protector que se quedara en aquella isla para labrar la tierra pacíficamente,—la indignación del joven fué grande, exclamando: ¡Jamás, jamás... La tierra no es para mí!

—¿Cómo?... ¿Qué es lo que dices?... ¿No amas la tierra que dá tantas hermosas cosechas, sobre todo esta nueva y hermosa tierra?

—¡No!... ¡no!... No quiero tierra; no quiero labores... ¡Nunca!... ¿Para eso haber venido desde Valencia? No... ¡Nunca!... ¿Oyes?... «¡Oro, oro, oro!»

—Entonces vé adelante y que la suerte te siga... Acuérdate de que el gran San Pedro es el apóstol santo que te ama y que te protege...

Fué por aquel tiempo cuando, de la isla llamada entonces «La Española» y que por ahora se denomina la «Santo Domingo» fué entonces, mis amiguitos, cuando salieron cuatro «naves» ¡hermosísimas y espléndidas!...

.
*
* *

¡Es preciso conquistar las almas de los que aún yacen en el infierno negro, de los pobres seres que no se han bautizado!—exclamó con efusión el anciano sa-

cerdote que era el capellán del barco que se lanzaba hacia las desconocidas tierras...

—¡Bendito sea el Señor!—contestaban en coro ..

Y el barco seguía impasible su camino...

*
* *

Iba en aquella embarcación, además de los séres extraños de la Vida y de la Naturaleza que ya habían sido instalados... iba también una lindísima niña pequeña y aérea; ¡tan pequeña que parecía, y era, efectivamente, un misterio!... Jamás se vió criatura más hermosa...

¡Figuráos, amiguitos míos, que era aquella «una duende niña...»

—¿Cómo?... «¿una duende niña?»— ¿me volveréis á preguntar?

—Pues bien, sí. ¡Una «duendecilla!» Y ella, «la pajarito,» hermosísima cantaba todas las noches, cuando hacía luna, armonizando con su orquesta suprema el bienestar eterno de las soledades!

Bueno, pues aquella misma tarde, cuando aquella misma luna alumbró el Atlántico... la barca en que iba el monje y la doncella pálida fué á zozobrar contra la isla...

¡Toda la tripulación se ahogó!...

¡Ay! amiguitos míos... ¡qué espantoso espectáculo, qué terrible naufragio..... Oíanse gritos desgarradores... y sobre el desastre pasaban volando las gaviotas... y más allá, sobre las montañas más cubiertas de las costas, percibíanse como aleteando lentamente, pero con majestad—las águilas... las rojas águilas que iban á decirle á los astrólogos de «Moctezuma,» muerto de terror en su palacio que ya se preparaba á terminar... pronto... muy pronto... su imperial y portentosísimo reinado... Sólo hubo salvación para los que pronunciaron una palabra mágica. Y voy á decirle á mis buenos amiguitos... Y esto si es cierto, como la palabra que vibra en el vuelo de las águilas nacionales mexicanas... la palabra símbolo de nuestros antiguos prede-



cesores, de nuestros abuelos «méxicos,» la palabra talismán, la palabra: «¡libertad!» ¡oh, sí, esto sí, es cierto como esa palabra...

Y fué esta palabra: «¡Allá más!... ¡Más allá!» ¡Plus ultra!

Pronunciadas estas palabras todo fué calma... solamente allá muy lejos... muy lejos zozobraba su barco donde iban los

atrevidos aventureros en busca de glorias...

· · · · ·
¿A dónde, á dónde fué lanzada su barca llevando á la doncella blanca?... ¡Misterio!... ¡Jamás pudo saberse!

Sí... todo es misterio y contradicción en esta historia, porque parece que se pierde repentinamente la huella sagrada de la linda misteriosa blanca; más ya se ha dicho que una isla magnífica no descubierta aún le esperaba al Monje ¿Cuándo?... ¡Eso es lo que no se puede saber... Sólo sabe del Monje Azul que batalló con sus compañeros por entrar á la isla.

Allá en los boques de la isla, millares de indígenas armados de flechas envenenadas habían repoblado al punto la comarca, gritando: ¡fuera el extranjero! ¡Fuera! ¡fuera! Eso significaban sus palabras. «El Monje Azul» nadando, nadando... pudo llegar hasta la orilla de la isla. Enfrente se encontraban... se veían maravillosamente dibujadas las líneas

de las costas de Yucatan, que serían descubiertas muy pronto.

La isla fué conquistada por el ardor del santo entusiasmo de la fe... ¡Ya por fin, el Monje Azul estaba allí! El capellán del barco era él.

Y hé aquí que, lentamente empezó á á recorrer aquellas soledades... Y vió los templos de los indios «mava», donde reinaba «la idolatría» que produce la ignorancia... vió los palacios de los tiranos... y contempló, abismado y con terror las plazas donde el pueblo se reunía para sacrificar á sus víctimas...

El Monje Azul, exclamó:

—¡Ay de tí, menguada ciudad!

Y volvió á marchar con sed, con hambre, con un calor sofocante... Moribundo, lanzó este grito terrible en las soledades.

—«¿Quién es el espíritu que aquí domina?»

—«¿En dónde está la enorme potencia divina?»

— «¿En dónde está la fuente sacra de su corazón?»

Y como este grito fué muy sonoro... y como fué dicho con espantosa elocuencia, allá, muy allá, de las oscuras enramadas de los bosques y del fondo de las cavernas, y también de las orillas tranquilas de los ríos fueron respondiendo los espíritus de la Naturaleza, respondiendo así, muy tranquilamente, mientras en torno, todo parecía desencadenarse, en extraña y torva.. ¡oh! muy torva, cólera... Así respondían algunos de aquellos misteriosísimos espíritus recónditos hablando con trinos ó con bramidos... ¡oid!

*«¡Yo soy la montaña! ¡venid á mis faldas!
O abrid mis entrañas... ¡Yo guardo tesoros!
Me visto de verde con mis esmeraldas
Que adornan soberbias mis trágicos oros.*

.
Pero el grandioso Monje Azul no parecía ya preocuparse más por aquellas melodías... soñaba en la felicidad de los seres que alguna vez había visto... La es-



clavitud se le apareció en figura rarísima. ¿Qué era esto? ¿Qué fue lo que vió?

Fué que tuvo un encuentro feroz... una mujer desmayada casi, negra y roja, —negra por el dolor de su vida de sufrimientos, roja por sus llamas espantosas... Y allá del cielo negro y rojo también caían rayos amarillos en forma de látigos, latigazos brutales que hacían cho-

rrrear sangre de las negras carnes de la pobre víctima... de la infeliz negra, chorrada de púrpura dolorosa.

—¿Quién eres?—preguntó el misterioso monje á la monstruosa mujer negra, llena de rojos cardenales. Ella contestó suspirando con tristeza inmensa:

—¡La esclavitud!

El monje bajó entonces la cabeza murmurando con interrogación llena de ansiedad:—¿Quién te defiende?—Nadie.

—¿Qué dices? ¡Cómo! ¿No hay quien pueda dulcificar tus penas habiendo la Santa religión del Redentor del Mundo? ¡Si todos somos iguales! «Amáos los unos á los otros.» Vuelve tus ojos á Colón, al genio, ¡él puede salvarte!

—No, señor, nunca... él se ha ofuscado, él nos vende... Que el Señor de que me habláis se lo tenga en cuenta... Yo, la pobre «Esclavitud» que voy enriqueciendo, enriqueciendo á mis amos mientras me aniquilo. Yo, la esclavitud que tanto sufro y seguiré padeciendo de odio de...

Iba á decir la triste anciana una blas-

femia acaso... pero el Monje Azul, le detuvo dulcemente la palabra... la contempló con infinita ternura, sollozando:

—¡Pobre Virgen «Americana» mancillada; pobre doncella aterida, enrojecida y esterilizada, menguada ya para siempre, por la avaricia de los conquistadores... ¡Sufre! ¡Resígnate, hija del Abandono y La Ingratitud, tendrás que experimentar las espantosas amarguras de los seres sin consuelo ni esperanza de vida. ¡Ay de tí, infeliz! Pero, juro al Señor, por esta isla donde mis pasos han hollado por primera vez sus tierras, seguir combatiendo por la emancipación de los desdichados que, en las fértiles campiñas del Nuevo Mundo nazcan y hayan nacido... No... No... No, Señor, yo no puedo seguir contemplando estos horrores. ¡Yo defenderé al «indio!» ¡Yo le defenderé siempre! ¡Siempre! ¡A todo trance!.. Amo á Nuestro Señor Jesucristo que dijo:
«Amáos los unos á los otros.»

¿Por qué no he de continuar mi tarea de amor y caridad? En silencio lloró el

monje... Ya todo se había desvanecido en la misteriosísima isla...

¡Cuánto misterio! Más de repente, por un divino prodigio, vió frente á sí, las costas mexicanas, vió sus bosques magníficos y sus espléndidas riquezas, su oro, —¡el oro que tanto ambicionaba Cortés! —y pensó con tristeza:—¡Allí vas, don Fernando! ¡En eso sueñas!—Y le pareció oír una voz que le contestaba:—¡Allá voy! Y el buen monje se dijo á sí mismo: —¡Vaya en buena hora.. yo defenderé la justicia y la fraternidad; yo defenderé á nuestros pobres hermanos los «indios!»

Y de repente en aquella misteriosa isla se hizo de noche... ¿Quién era aquel Monje Azul? ¿Quiénes eran los compañeros? El monje era defensor de los indios, el inmortal Las Casas! El fin curiosísimo de este episodio lo sabréis pronto, amigos míos, y ya veréis más tarde con qué ternura cumplió el Monje con su juramento ayudado por la misteriosa dama-paloma-duende y genio.

- Historia de Meztlichotil**
Las Hazañas de Moctezuma
El Estandarte Negro
Un Sueño de Moctezuma
La Muerte del rey Tizoc
Los paraísos del Nuevo Mundo
El juramento de Cuahutemoc
Historia de la bella Mallitzin
El Abismo de las Flores de sangre
Diego Colón, el hijo del Genio
El defensor de los Indios
Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo
La paloma de San Pedro
La cruz de la espada
La princesa Axempaxot Chitl
La conjuración ante el huracán
El guerrero Azteca
Las fuentes del oro
Los españoles en Yucatan
El Aguila ante los hijos del sol
El Embajador Ocelotl
Los monstruos del Rayo
El castillo del poder
Hernán Cortés y sus primeras aventuras
El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo